

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



8 de marzo de 1890



Núm. 123



LA NOCHE

UN RATO DE CHARLA

YA escampa, y llovían capuchinos de bronce.

Dije el otro día que para optar á las plazas vacantes en la judicatura, se habían presentado *mil* abogados. Pues bien: para cubrir ochenta plazas de auxiliares de correos, dotadas con el haber anual de mil pesetillas, se presentaron el otro día *novecientos* pretendientes, entre los cuales una gran parte poseen títulos académicos, licenciados inclusive.

Pero, en medio de todo, puedo proporcionar un consuelo á los que vayan quizás á horrorizarse de estos números, y es que en Francia pasa tres cuartos de lo mismo. Recientemente, para proveer 43 plazas de maestro vacantes en la prefectura del Sena, se presentaron 2,021 aspirantes; y para proveer 54 plazas de maestra, 6,441 señoras y señoritas. Para 3 vacantes de profesor de gimnástica, 120; y para una plaza de profesora de idem, 44. Omito otras categorías, pero la suma total es esta: 129 vacantes y 8,952 pretendientes.

Sigamos. En el Ministerio de Hacienda (francés) ha habido recientemente oposiciones para cubrir *doce* plazas de auxiliares, dotadas con *cien francos* al mes: se han presentado 126 concurrentes, bachilleres en ciencias y en letras cuando menos, pero abundando los licenciados en derecho, y aun había un licenciado en ciencias matemáticas. El programa era aterrador, y la mayoría hizo muy buenos ejercicios.

Creo que esos datos son capaces de descorazonar á cualquiera. Como el personaje de no recuerdo qué comedia, dirán esos graduados:—¿Y por eso me he puesto corbata blanca?

Me apresuro á añadir ahora que la situación de los millares de bachilleres con faldas que salen cada año de los Liceos (Institutos) franceses es la más desesperada que se puede dar. Sabiéndolo se evitará quizás que no vaya á suceder lo mismo en esta tierra de garbanzos si á algún ministro se le ocurriera la idea de poner Institutos femeninos.

Como veis, la cosa pinta malísimamente aquí y en Francia para los que se dedican á las carreras universitarias ó especiales, y conviene poner coto al mal haciendo bien difícil la entrada, cosa que no sucede hoy. El joven se embarca con la mayor facilidad y le llevan á puerto, pero á un puerto más inhospitalario que el de Port-Breton, á donde cierto famoso marqués de Francia conducía á sus víctimas que se encontraban con que no había allí ni siquiera yerbas.

Esos jóvenes que abandonan la profesión paterna para embarcarse con destino al Buenos Aires de la Licenciatura ó al Brasil del Magisterio, vienen á ser como unos emigrantes á los cuales hay que decir, al hacer-

se á la vela el barco que los lleva:—Dios te la depare buena.—¡Cuántos abogados, médicos, notarios, ingenieros, maestros, licenciados en letras y en ciencias, etc., etc. hay que hubieran sido muy felices destripando terrones ó manejando la llana ó el cepillo, y se ven hoy sumidos en el abismo de la desesperación!

Por supuesto que los gobiernos tienen su grandísima, archigrandísima parte de culpa. Ellos creen que con aumentar los derechos de matrícula y con alargar las carreras (nada más imbécil que esto último) han resuelto ya la cuestión, sin ver que no es ese el camino de



Maestro de escuela árabe

descargar un poco el exceso de personal académico, sino que hay que favorecer el desarrollo de la riqueza del país. Pero ¡ya piensan en eso nuestros sapientísimos y nunca bastantemente alabados parlamentarios!

En España hemos destruido mucho y hemos edificado muy poco. Al suprimir las órdenes religiosas debía pensarse en abrir salidas al personal allí albergado, y no se encontró mejor manera que aumentar á millares las partidas del presupuesto (columna del personal). La sopa boba que daban antes los frailes se da ahora por el Gobierno, y á la holgazanería frailuna ha sucedido la de esos frailes sin cogulla que desempeñan *comisiones* imaginarias ó sólo dejan ver el pelo por la oficina el día 30 de cada mes.

¿Quién arreglará ese cotarro? No lo sé, á la verdad; y, aun con más verdad aún, dudo que lo pueda arreglar nadie.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

LA NOTA ALEGRE

EL día que Perico Angulo se despidió de sus antiguos condiscípulos para ingresar en el Instituto, fué un día de intenso duelo para los alumnos del Colegio de San Luis. Todos recordaron sus hermosas cualidades, y al comentarlas convinieron unánimemente en que eran en él tan adorables sus defectos como ejemplarísimas sus virtudes.

Era un atolondrado, pero era asimismo un alma adornada con las más exquisitas perfecciones. Si no deslumbraba con los destellos de una inteligencia brillante, imponíase en cambio por la generosidad de sus instintos, por la noble é ingenua sencillez de su corazón. Nunca tuvo un gesto ni una palabra mortificante para sus condiscípulos, á los cuales consideró, desde el día que ingresó en el colegio, como á sus propios hermanos: al contrario, repetidas veces aceptó la responsabilidad de faltas ajenas con el propósito de evitar á algún compañero el consiguiente correctivo. Y tanto era así, que, advertido por los profesores, cuando en clase se volcaba un pupitre ó un banco, se rasgaba el hule de una pizarra, ó se cometía alguna travesura por el estilo, al preguntar el profesor quién había sido, lo hacía en esta forma:

—¿Quién ha hecho tal cosa? Contesten todos menos Angulo.

Sin embargo, á pesar de ser él muy obediente, á veces dejaba dominarse por excesiva bondad, y contestaba:

—He sido yo.

¡Qué más! Un día de invierno llovía copiosamente, cuando el bondadoso niño advirtió que un párvulo que llevaba calcetines tenía las piernecitas completamente amoratadas. Perico no necesitó ver más: despojóse de sus medias de finísimo punto inglés, abrigando con ellas las desnudas piernas de su amiguito.

Amigo tan tierno y cariñoso, natural era que lo echaran de menos y deplorasen su ausencia los que hasta entonces habían sido sus condiscípulos. Ya no compartirían con él juegos y alegrías, ya no le verían entrar más en clase, abrochado uno de los dorados botones de ancla de su gabán, hundidas las manos en ambos bolsillos, repletos siempre con toda suerte de baratijas destinadas á ser repartidas entre sus amigos, las polacas acusando la ausencia de algún botón, apabullado el sombrero de castor azul, con la cartera por lo regular sin libros, y el agraciado rostro revelando la más íntima satisfacción. Tales recuerdos aumentaban más la aflicción que sentían aquellos niños, algunos de los cuales, dando expansión á su pena, acabaron por llorar.

Por su parte Perico no se sintió menos impresionado que sus compañeros cuando después de despedirse de ellos se retiró á su casa.

Por vez primera volvía á ella con el alma triste y los bolsillos repletos

Para distraerse decidió evacuarlos. ¡Lo que llevaba! Lápicos, carteras, libros, carpetas, papel primorosamente timbrado, estampas, medallas, plumas, etc., etc. Eran presentes de sus amigos, perfumados cada uno de ellos con la exquisita esencia de la más tierna y sentida amistad.

Perico ordenó cuidadosamente aquellos queridos objetos, preguntándose entre confuso y conmovido:

—¿Qué he hecho yo para merecer tales agasajos, demostraciones tan tiernas y expresivas? Cuando se despidió Luis Martínez, ¡qué alegría sentimos todos los compañeros! Y ello es que casi era un sabio: *Pico de oro* le llamaban los profesores. Sin embargo, ¡qué soberbio, qué vanidoso se mostraba siempre! Aquello no era un amigo: era un preceptor áspero y altanero. No hay quien al verle en la calle no le vuelva la espalda. Nadie le reconoce ni se acuerda de él como no sea para ridiculizarle. ¿Y Manolito Ruiz? Este no era malo, pero tampoco nos apenó su ausencia tenía el defecto de contarle al maestro lo que hacíamos y lo que no hacíamos. ¡Un niño delator! ¡Qué vergüenza! Defecto más grave no le puede afeár. También se marchó Pepito Vega. Era bueno, inteligente, listo... ¡Listo! Este era su mal. Los castigos no se inventaron para que él los sufriera: nunca le faltaba un recurso para atribuir á los demás las faltas que cometía. Este defecto le enajenaba nuestras simpatías. Sentimos á medias su despedida, porque, después de todo, sólo á medias le queríamos. Pero ha habido otros niños infinitamente mejores que ellos, cuya ausencia no ha sido sentida ni deplorada; niños con los cuales hemos pasado meses y años compartiendo con ellos penalidades, estudios, juegos y alegrías, y los hemos visto partir sin sentir pena ni emoción alguna: al contrario, riendo y satisfechos los hemos abrazado y dicho adiós. En cambio, ¡qué tristes estaban hoy mis compañeros! Hasta á los más atolondrados he visto llorar. También he llorado yo, pero por dentro: así siento tan ardoroso el corazón. ¿Qué pierden en mí, después de todo? Me llamaban *la nota alegre*, quizá porque nunca he vibrado más que para hacer bien; pero yo no he sido una lumbrera, ni un modelo de inteligencia, ni un alumno extraordinario: nunca he pasado de ser un niño vulgar.

Y una voz interna y dulce como una vibración argentina le contestó:

—Has sido el mejor de los niños. Si no has deslumbrado con tu inteligencia, no has ofendido con altanera soberbia. No has sido listo, pero has sido leal. Has poseído el mejor talento que puede adornar á un niño, ya que es el que más le aproxima á lo divino, á ser ángel: la bondad.

ANTONIA OPISSO



LA MANZANA PODRIDA

MANOLITO era un niño de diez años, hijo de padres acomodados, quienes le educaban en las máximas de una sana moral y de un recto espíritu de justicia.

Por su parte, no se hacía él indigno de recibir la fructífera semilla de una buena educación; pero tenía un grave defecto, el cual consistía en escaparse



Los días del abuelito

á la calle, sin permiso de su mamá, á jugar con otros niños inferiores á él en moralidad y buenos principios; niños entre los cuales los había vagabundos y desvergonzados, de esos que por un quítame allá esas pajas faltan al respeto á las personas mayores, se burlan de la autoridad y, cosa repugnante, no reconocen ya, á sus tiernos años, temor humano ni divino.

Con ellos y con otros juntábase en la calle Manolito á jugar al trompo, á la pelota, al volante y otros juegos pro-

prios de la infancia, sin que en tal asunto fueran parte á convencerle las cariñosas advertencias de su madre, que sin cesar le reprendía á causa del excesivo tiempo que el niño tenía por costumbre pasar fuera de casa. Y si él y sus compañeros no hubiesen hecho más que jugar á los juegos susodichos, no habría sido grande el mal; pero como el diablo cavila siempre perdiciones, y la vagancia suele ser mala consejera, y la ocasión hace al ladrón, acontecía que á lo mejor, haciéndose los distraídos ó los torpes, con diabólica intención, descargaban un pelotazo á la cabeza de algún viejo transeunte, ó daban con la pala del volante en el brazo de una anciana, ó cruzaban disimuladamente una cuerda á lo ancho de la calle, levantándola después á tiempo, y también con disimulo, para que tropezaran y cayeran cuantos por allí acertaban á pasar; todo lo cual movía entre los chicos un alboroto de infernales carcajadas.

No diré yo que nuestro Manolito tomase precisamente activa parte en tan malignas travesuras, impropias de sus cristianos sentimientos y de su buena educación; pero es lo cierto que con su presencia las autorizaba y aun hacía de ellas inconsciente cómplice por las estrepitosas risotadas con que celebrar solía el mal ajeno.

Una tarde en que tres de los susodichos rapazuelos jugaban con nuestro

Manolito, uno de los tres, la verdadera manzana podrida de la compañía, dijo á sus camaradas:

—Una cosa se me ocurre, amigos.

—¿Cuál? ¿Qué? Dila pronto,—respondieron los muchachos.

—A nuestras pelotas se les sale la tripa de puro usadas, nuestros trompos están viejos y mi volante ya no vale para nada. ¿Qué os parece si comprábamós otros nuevos?

—¡Qué más quisiéramos nosotros! Pero... no tenemos dinero.

—Es que yo sé cómo encontrarlo.

—Tú dirás.

—¿Veis esa casa de enfrente?

—¿La de la tahona?

—Sí. Pues bien: ahí dentro, junto al establo, han tirado esta mañana unos trapos viejos. Si los cogiéramos para venderlos... *la Gibosa*, una trapera de mi conocimiento, compra al peso esas cosas.

—Pero esos trapos no son nuestros,—observó Manolito.

—Ni nuestros ni de nadie. ¿No ves tú que los han tirado? Allí se pudrirán. ¿Cuánto mejor no es que nosotros los aprovechemos y tengamos buenos juguetes?

—¡Es verdad!—respondieron los otros niños menos Manolito, que se puso muy serio y pensativo.

—¡Ea, vamos allá! ¿Queréis?

—Anda tú delante.

—Seguidme.

Salvador, que así se llamaba el niño malo, se dirigió hacia la casa indicada, resueltamente seguido de dos de los rapaces. En cuanto á Manolito, se detuvo un momento, vacilante; pero como notase que ellos le miraban con cierta burla, temiendo ponerse en ridículo, fué débil y echó á andar en pos de sus compañeros.

Era la llamada casa de la tahona un viejo y destartelado caserón que servía de pasaje entre dos calles: la en que jugar solían nuestros niños, y otra más concurrida, donde estaba la tahona. El tal caserón, irregular y mal construido, se ensanchaba por los extremos hacia una y otra calle, y se estrechaba por el centro, en cuya planta baja no tenía más que un oscuro pasadizo con carcomidas puertas á derecha é izquierda, todas cerradas, menos una que conducía al establo, bastante espacioso éste, aunque con poca ó ninguna luz.



Obras de misericordia

Los cuatro rapazuelos penetraron en el zaguán correspondiente á la calle en que jugaban, el cual era ancho y no tenía escalera.

—Por aquí,—dijo Salvador, constituido en jefe de la pequeña banda.

Y tomando por una abertura que como boca de lobo se veía en el fondo del zaguán, se internó en el oscuro pasadizo, precediendo á sus camaradas.

—¡Mucho ojo!—añadió poco después.—Estáis ya en el establo y pudiera caerse alguno de vosotros. Agarraos á mi chaqueta si queréis: yo conozco los pasos.

Diciendo y haciendo, á tientas y resbalones, llegaron á un rincón de aquel infecto antro débilmente alumbrado por un pequeño tragaluz cubierto de polvo y telarañas. En el suelo se veía un bulto blanco, bastante voluminoso, del cual tiró Salvador, diciendo:

—¡Ajajá! ¡Ya lo pescamos! Ayúdame á sacarlo fuera, porque abulta mucho y pesa un poco.

—¿Y si pasa gente y nos sorprende?—preguntó asustado Manolito.

—No, no pasa nadie,—dijo Salvador;—ni que pasaran, ¿qué había de ocurrirnos, si no hacemos nada malo?

Así diciendo, y arrastrando entre todos el bulto blanco, salieron á un punto del pasadizo en que ya la luz permitía apreciar lo que traían entre manos. Era una sábana de hilo, grosera y salpicada de manchas indefinibles, pero en buen uso toda ella.

—No puede ser que hayan tirado eso,—objetó Manolito;—es lienzo bueno y debiéramos dejarlo en su sitio.

—¡Tonto!—contestó Salvador.—Si valiera para algo, no lo tendrías ahora tú. ¿Quieres que mañana lo hallen y lo aprovechen otros niños más listos que nosotros?

—Tiene mucha razón,—afirmaron Jesús y Andrés, que así se llamaban los otros dos compañeros de Salvador.

Manolito tenía entre otros defectos la inexperiencia perjudicial de la candidez: creyó, pues, cuanto le decían, y ya no opuso resistencia.

Los rapaces, entonces, con mayor habilidad de la que era de esperar de sus cortos años, hicieron un lío con la sábana. Andrés, que era el más forzado, cargó con ella, y juntos se dirigieron al zaguán opuesto al de la calle en que jugaran, por atajar así notablemente el camino de la trapería. Dicho zaguán era muy espacioso y tenía en su interior una gran puerta de cristales que conducía á la tahona. Varias personas entraban y salían por aquella puerta; pero como iban pensando en sus negocios, y estaban, aparte de esto, acostumbradas á ver por allí á los chicos, ninguna paró mientes en ellos.

—Vete tú delante,—dijo Salvador á Andrés.—Nosotros te taparemos con nuestros cuerpos, y no pares hasta la tienda de *la Gibosa*.

De esta suerte llegaron en dos saltos á la calle y se perdieron entre el hormigueo de transeuntes.

La Gibosa, así apodada por su enorme giba, era una mujer sólo atenta á

su negocio, que jamás preguntaba ni inquiría la procedencia de cuanto le llevaban. Cogió, pues, el lienzo, lo examinó escrupulosamente, y, pesándolo después en una gran balanza, entregó á los niños tres pesetas. Salvador se quedó



La luz de la Instrucción

él solo con una, so pretexto de que á él se debía el hallazgo; y Manolito, Jesús y Andrés, dueños de veintidós cuartos cada uno, porque entonces no había céntimos, con dos más de peras que compraron y comieron, alegres y satisfechos de poseer una cantidad que nunca poseyeran, se dirigieron al bazar en busca de juguetes.

Al día siguiente, mientras Manolito, esperando á sus compañeros en la

calle, hacía bailar su trompo nuevo, pintado de amarillo, un guardia alto y barbudo dijo junto á él:

—Muchacho, date preso.

—¡Preso... yo!—balbució el niño.

—Habéis quitado una sábana á la tahonera y vais á ser castigados tú y tus cómplices.

El rapaz se echó á llorar, preguntando entro sollozos:

—Y ¿á dónde me conduce V.?

—A la cárcel, donde te esperan ya tus camaradas.

Fué tal el aturdimiento de Manolito, que siguió al guardia dejando olvidado el trompo en medio de la calle.

El guardia, sin embargo, no llevó al niño á la cárcel, sino á su casa. Allí vió éste á la tahonera hecha un basilisco, á su padre con cara de juez y á su madre tan afligida que parecía la Virgen de las Angustias. Allí supo que la malhadada sábana fuera depositada provisionalmente en el establo por la tahonera después de llevar en ella desperdicios de frutas y plantas para estiércol, y cómo la tahonera, habiéndola echado de menos, había descubierto el hurto, dado parte al guardia y acudido en demanda de daños y perjuicios á los padres de Manolito, quienes, en su calidad de bien acomodados, eran los que más tenían que perder.

No sin una viva discusión, al fin pudieron conciliarse las cosas obligando á la *Gibosa* á devolver el lienzo, con pérdida de las tres pesetas en castigo de su codicia, y haciendo un regalito al guardia y otro á la tahonera para que olvidaran lo ocurrido.

Cuando se vió á solas con él, el padre cogió á Manolito en brazos, y, metiéndole la cabeza por la boca de la cueva, le dijo severamente:

—El día que te pillo en otra, te encierro aquí toda la vida para escarmiento de bribones.

Manolito, asustado, arrepentido, andaba por la casa como un sonámbulo, huyendo de todos y de sí mismo, cuando en una habitación vió á su madre enjugándose las lágrimas.

—¿Por qué lloras, mamita?—se atrevió á decir.

—¿Qué quieres que haga después del disgusto que acabas de darme?

—¡Por Dios, mamá! ¡Si fué Salvador quien nos engañó!

—*La manzana podrida pierde á su compañía*: no olvides, hijo mío, este refrán: de lo contrario, serás la afrenta de tus padres... ¡y tu madre se morirá de pena y de vergüenza!—añadió sollozando.

Manolito, aunque travieso, no era malo y quería mucho á su madre. Se colgó del cuello de ésta, diciendo:

—No llores más, mamita: yo te prometo no volverte á dar ningún disgusto.

Y lo cumplió como lo dijera. Yo mismo le conocí después, siendo un muchacho á quien todos alababan y querían.

JUAN TOMÁS SALVANY

— NUESTROS GRABADOS —

Los niños de Turquía

(Conclusión)

Ahora que Fátima y Jussuf han dado la bienvenida á su hermano, y los tres contemplan al niño pequeño con su adorno de flores artificiales, sus cuentas de vidrio y otros talismanes, aprovecharemos la oportunidad para describir algunas de las costumbres diarias de la familia.

— Todos se levantan temprano, y después del *addest* (lavado de cara y manos) repiten una corta oración. Después padres é hijos se retiran á descansar de nuevo un par de horas, dejando á los criados y esclavos para que arreglen la casa y preparen el café; y, después de tomado éste, esperan otras dos horas para que les sirvan el almuerzo.

Entonces las señoras enseñan á sus hijas á bordar ó á ocuparse en otros quehaceres; los chicos van á la escuela con sus libros debajo del brazo, ó reciben la lección de su tutor; y el padre se dedica á sus negocios. Después de la oración del mediodía se toma un refrigerio, y las señoras visitan los baños, van á la plaza, ó á comprar dulces para sus hijos.

Curioso sitio son los tenduchos donde el turco de lengua barba y ancho turbante vende sus géneros. Una mujer velada mira atentamente para ver si el peso es justo, y entretanto los niños se enseñan los confites, hablando de su respectivo mérito.

Poco después de ponerse el sol, y rezado el *Ascham* (oración de la tarde), la familia se sienta á la mesa para comer. Si hay convidados, el padre se retira con ellos y con los chicos al *selamlík*, mientras que las madres y las hijas se van al *horemlik*; pero, si no hay visitantes, la familia come junta.

La comida se sirve en una especie de mesa ó banco de un pie de altura, sobre la cual se ponen bandejas con pan y cucharas de marfil para los alimentos que no se pueden coger con los dedos, y de cuerno para los líquidos. Unos platos de porcelana contienen caviar, aceitunas, queso y conservas; y varias personas comen de un mismo plato.



— Teresita la traviesa —

Los manjares favoritos son el *borok*, especie de pastel relleno de queso, y el *pilaf*, hecho con carnero picado y nueces.



El torrente

La noche se pasa cantando y refiriendo cuentos, pasatiempo á que los turcos son muy aficionados; y á las diez se sacan de los armarios colchones y mantas y extiéndense en el suelo de las habitaciones.

Cinco veces al día el *Muezzin* llama á la oración desde el balcón del minarete.—*¡La Illah, il Alá!* (No hay más que un Dios, solamente un Dios.)

Además de estas cinco oraciones especiales, enséñase al niño turco á servir bien de su *tesbih* (rosario).

El *tesbih* se compone de diferentes maderas, coral, ágata, madreperla y hasta pequeñas perlas, fabricándose algunos con piedrecillas que los peregrinos recogen en el camino. Deben tener noventa y nueve cuentas, divididas en tres series, y se enseña á los niños á correrlas entre los dedos, diciendo á cada una:—*¡Alá!*

Desde la cuna acostúmbrase al niño turco á ver la superstición en todas sus formas. La madre no deja ver á nadie el niño hasta que tenga por lo menos seis semanas, por temor de que alguien le dé el *mal de ojo*. Esta frase se emplea para significar la desgracia que, según creencia de la madre, recaerá sobre la criatura si el que la ve y la elogia no siente lo que dice ó no añade:—*¡Marsh Alá!* (¡Dios la conserve!)

Todos los niños usan talismanes para preservarse del peligro, creyendo que con esto ahuyentan las enfermedades y los malos espíritus.

Tienen pocos juguetes, y aun éstos son de los más sencillos. En vano se buscaría alguno que pudiera enseñar algo, como los muchos que se fabrican en Europa.

En las escuelas más modernas se enseñan varios juegos, habiéndose introducido también los ejercicios de natación y gimnasia; mas pasará mucho tiempo antes de que el padre turco aficione á su hijo á estas cosas, tanto más cuanto que acostumbra á dejarle hacer lo que quiere. La madre le adora; pero como ella misma no tiene educación, no ve la conveniencia de ello. Añadamos que, aunque el padre le profese mucho cariño, como no le deja hablar en su presencia mientras no se le pregunte, no hay entre los dos confianza ni intimidad alguna.

A pesar de esto hay mucho afecto natural entre los turcos, el cual puede conducir á mejores cosas cuando la educación se mejore; y por mucho que los niños aprendan, enséñanles principalmente dos virtudes: la honradez y la templanza. Así en la ciudad como en el campo, el muchacho turco, aunque pobre, no roba; y la casa turca, por más que la juzguemos indigna, no es morada de borrachos.

Y así, reflexionando que la industria de que allí se carece no sería tal vez tampoco de nosotros si viviéramos en aquel clima enervante, rodeados de supersticiones, nos despediremos de los niños de Turquía, saludándolos como al principio de este artículo.

—*El salam aleikum.* (La paz sea con vosotros.)

LA NOCHE

La luna silenciosa
su claridad derrama
sobre la bella niña
como la nieve blanca.

Son horas de descanso,
acabó la jornada
y la niña se acuesta
dichosa entre las sábanas.

MAESTRO DE ESCUELA ÁRABE

Son los moritos unos barbarotes
que enseñan á palizas á leer.
La letra con sangre entra, dicen ellos,

¡al diablo Pestalozzi y Froebel!—
Y así educan á aquellos parvulitos,
que habrán un día de estudiar en Fez.



LOS DIAS DEL ABUELITO



La bella nietecita
en traje de las fiestas
al caro padrinito
le entrega pulcra décima.
Gozoso el buen anciano
acaricia á su nieta,
y habrá de regalarla
riquísima muñeca.



Aplica-
ción



OBRAS DE MISERICORDIA

Deberes tenemos todos
con Dios, nuestros semejantes
y nosotros mismos, mas
también con los animales.
Dar de comer á palomos
es deber muy agradable,
y obra de misericordia
que recrea al que la hace.

LA LUZ DE LA INSTRUCCIÓN

Estaba el mundo en tinieblas
hasta que la luz brilló
del ángel que por do quiera
difunde la instrucción.

Gracias á él, de los hombres
la mente se fecundó,
dando los frutos sabrosos
de Cervantes y Edison.

TERESITA LA TRAVIESA

Todo el día la escalera
sube y baja sin cesar.
«Que me llaman,» «que ya acudo,»
«que me vuelvo sin tardar.»
Nunca para, nunca cesa,

taravilla sin igual;
corre, anda, salta, brinca,
ya está aquí, ya se ha ido allá.
Es Teresa la traviesa
un azogue, un huracán.

EL TORRENTE

Manso y tranquilo en los días serenos y apacibles, revélome y me enfurezco cuando estalla la tempestad ó soplan con demasiada fuerza los vientos. Entonces no reconozco límites, nada me puede contener, y mis aguas lo arrollan todo á su paso. Pero cuando estoy sereno fertilizo los árboles y las plantas, baño los prados, y las flores me agradecen la frescura que les proporciono; comunico alegría al valle, y mis aguas sirven también para apagar la sed de los viajeros.

APLICACIÓN

Estas tiernas criaturas
están aprendiendo un himno,
y sus voces melodiosas
llegan al prado vecino,

donde las aves canoras,
prestando atentas oído,
acompañanlas á veces
con sus gorjeos y trinos.

LOS DÍAS DE DOROTEA

Dorotea, niña muy graciosa y simpática, tiene un hermano que la ama tiernamente y que haría siempre cuanto fuese posible para complacerla. Cuando llegó el día del santo de aquélla, Alfonso, que así se llamaba el muchacho, pidió á su mamá una peseta.

—¿Para qué la quieres?—le preguntaron.

—Para hacer un regalo á Dorotea.

—Pues, hijo mío, no puedo dártelos porque los necesito para otra cosa.

El muchacho se fué á la escuela muy mohino porque no podía regalar nada á su hermanita; pero ¡oh, casualidad! dos horas después, cuando regresaba á su domicilio, encontró una moneda de plata, y con ella fué á comprar una muñeca que regaló á su hermanita, la cual agradeció mucho el obsequio.

EL NIÑO DE URBINO

(Continuación)

Creía ella que era para verle pintar á Luca, y esto hacía que aun le quisiese más; pero la pobre niña no se forjaba ilusiones y sabía tan bien como Luca que jamás elegiría el duque la obra salida de sus manos como digno presente destinado á los Gonzagas de Mantua. ¡Pobre Luca! ¡Tan guapo, tan buen muchacho, tan cariñoso, tan deferente con ella! ¿Qué le importaba á Pa-cífica que fuese capaz ó no de llevarse el premio? Con ser como era, habríala hecho bien dichosa.

En la buhardilla pasaba Rafael las horas más inquietas y más agitadas de su vida, tan corta todavía y tan tranquila. Ni aun á Luca le permitía que viese lo que hacía. Echaba el cerrojo para trabajar, y cuando se iba se llevaba la llave del guardarropa en que encerraba su obra. Las golondrinas iban y venían por la ventana sin vidrios y revoloteaban en torno del pequeño artista. Los rayos del sol levante entraban también por la ventana y trasformaban la rubia cabellera del niño en un círculo de oro semejante al que su padre pintaba alrededor de las cabezas de los santos. Rafael proseguía su trabajo sin levantar los ojos, y, sin embargo, á veces la charanga de las trompe-

tas y el redoblar de los címbalos le advertían que algo extraordinario ocurría fuera; pero nunca abandonaba su trabajo para ir á mirar por la ventana. No tenía más que siete años y trabajaba como un hombre hecho, y sus dedecillos sonrosados manejaban el pincel que debía hacerle en vida más ilustre que los reyes de la tierra y valerle después de su muerte los honores del Panteón de Roma.

Había cubierto de bocetos centenares de hojas de papel antes de haber dado cuerpo á las visiones que se le aparecían. Cuando por fin logró quedar satisfecho, trasportó sus imaginaciones sobre la faenza con auxilio del color, con ese esmalte trasparente y luminoso que es uno de los caracteres de la mayólica de Urbino.



Los días de Dorotea

¡Qué gratitud experimentaba entonces para con su padre, que le había dejado dibujar cuando tenía tres años apenas, y también para con messer Benedetto, que le había revelado los misterios de la pintura sobre faenza!

Un escritor muy conocido define el genio diciendo: el poder de darse mucho trabajo. Mejor habría debido decir que el genio poseía este poder como suplemento; pero que la esencia misma del genio es producir con alegría y sin esfuerzo. Este era precisamente el caso del mocito de Giovanni Sanzio.

Luca le miraba á menudo con atención: no cuando estaba trabajando, por supuesto, porque Rafael le había hecho prometer que no vería absolutamente nada hasta quedar terminada la obra. El buen Luca comenzaba á maravillarse de verle tan absorto, tan atento, tan feliz por los resultados obtenidos. Aquel niño de siete años había tomado un aire grave, habíase vuelto pálido, y sus ojos claros se habían hecho más grandes, más sombríos y más profundos.

—Quizás,—pensaba el pobre Luca,—el signor Giovanni montará en cólera contra mí si llega á saber lo que ha pasado.—Pero era ya demasiado tarde para volverse atrás en lo convenido. El niño había pasado á ser su amo.

Así es como Rafael proseguía su empresa sin que nadie supiese palabra de ello, mientras los tulipanes abrían sus corolas y se marchitaban, mientras las madreselvas florecían en los setos, mientras se doraban las mieses bajo los rayos del sol, allá en la llanura tranquila y silenciosa. Era á mitad del verano. Los tres meses concedidos á los concurrentes expiraban al cabo de una semana.

Una tarde, durante la siesta, Rafael cogió á Luca por la mano y le dijo:

—Venid.

Y condujo al joven junto á la mesa delante de la cual había pasado la mayor parte de aquellos noventa días de primavera y estío.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valer: Áncha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA